

El fruto de un vínculo

Rafael López Seijas

Estudiante de cuarto semestre de la Licenciatura en Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello. Exalumno de Teorías y Sistemas en Psicología, cátedra que cursó en su segunda entrega.

Se preguntaba Darin McNabb, un profesor norteamericano de filosofía, por el sentido de la vida. En su intento por responder a esta pregunta, el señor McNabb interrogaba: “¿qué es el sentido de la vida para una planta?” Obviamente, la vida de las plantas no tiene un sentido como tal. Preguntaríamos más bien por su función o fin. ¿Qué hacen las plantas, cuál es su función? Pues “yo no soy botánico”, decía, “aunque creo que en general podríamos decir que las plantas crecen, logran tener cierto tamaño y forma propios de su especie, tener cierto color como el verde y fotosintetizar”. Los antiguos griegos hacían este tipo de preguntas muy seguido. Todo tiene una función, sea una planta, un martillo, o incluso la psique humana, pero no preguntaban sólo por la función sino también por las virtudes, *ἀρετή* (*areté*), necesarias para que cada cosa lograra su fin, para que pudiese funcionar. Areté significa poder o excelencia. En el caso de un martillo, por ejemplo, las virtudes que necesita son una cabeza dura y un mango que uno puede agarrar bien. ¿Y la planta? Pues hay ciertas condiciones que requiere, como agua y tierra, pero para poder hacer la fotosíntesis requiere de un poder o virtud que los biólogos llaman heliotropismo. “Helio” significa sol y “tropos” girar. Los girasoles son famosos por hacerlo y de hecho por eso se llaman así, porque giran hacia el sol. Si no tuvieran ese poder no podrían funcionar o al menos no podrían hacer bien su trabajo de fotosíntesis.

Tras esta introducción, el profesor McNabb prosiguió: “empecé preguntando por el sentido de la vida de una planta porque me resulta sugerente, desde un punto de vista metafórico, esa capacidad de las plantas de girar hacia el sol, el heliotropismo. Es una habilidad básica y muy importante sin la cual no podrían funcionar bien. Sea lo que sea la buena vida para los seres humanos, creo que requieren de un poder semejante. En el caso de los humanos no es el heliotropismo sino la admiración. Detengámonos un momento en el significado etimológico de esta palabra. Viene de la raíz latina *mirari* que significa ‘maravillarse’ y el prefijo *ad* que significa ‘hacia’. Entonces, cuando admiras algo te maravillas de esa cosa. Como la flor que gira hacia el sol para buscar su sustento, el ser humano tiene que buscar su sustento. Lo que necesita es un ejemplo, un modelo a seguir. El mecanismo que usa para encontrar el modelo es la capacidad de admirar, de sentirse maravillado de algo o alguien”.

Aún recuerdo mi primer día de clases en segundo semestre. Estaba yo allí a primera hora para cursar algo que llamaban ‘Teorías y Sistemas en Psicología’. Nadie pudo haberlo predicho, pero a lo largo de este curso salió el sol más brillante y de forma casi automática giré hacia él. Estaba yo maravillado. Para aquel momento no sabía que me fascinara tanto la filosofía, muchísimo menos la historia ya que siempre me había sentido atraído únicamente por la ciencia. Aún me siento atraído por este campo, pero de no haber encontrado mi modelo en figuras como William James, Sigmund Freud, Víctor Frankl y en la mismísima profesora Kaira Gámez, no habría sido posible estar aquí hoy con ustedes.

Me encantaría poder esbozar aquí mi admiración por cada uno de estos modelos, de hecho, si gustan, podemos conversarlo luego. Pero, siguiendo un poco el propósito con el cual tomé este espacio para hablar con ustedes, me limitaré a hablar de la última figura que mencioné, la profesora Kaira Gámez como modelo, como mentor.

Algo que caracteriza a la profesora es siempre su intención de ir más allá, algo que, para mí, siempre fue muy valioso de sus clases. Recuerdo como dejaba al margen de sus clases esas preguntas que me invitaban a la reflexión ética y antropológica, preguntas que me invitaban a la crítica, que me invitaban a ir más allá del contenido de la materia, preguntas que no cabían en las diapositivas pero que aun así jamás dejaba por fuera. Otra característica de esta profesora es que siempre promovió, al menos en mí, una libertad que me llevó a desarrollar posteriormente ciertas virtudes. Tal como decía el profesor McNabb, los antiguos griegos preguntaban por las virtudes necesarias para que cada cosa lograra su fin, para que pudiese funcionar. Así como una virtud de las plantas es el heliotropismo, una virtud del hombre es la capacidad que este tiene de admirar, de sentirse maravillado de algo o alguien. Y era esta virtud la que promovía la profesora cada vez que daba lugar a mi libertad como estudiante. Siempre dejó a mi elección entrar o no a clases, copiar o no en clases, intervenir o no en clases, pues su objetivo nunca fue lograr una de esas tres cosas sino despertar un interés en mí por el campo histórico-filosófico. Y es por todo esto que la considero una persona con gran determinación, lo cual la vincula con mis otros pensadores modelo. Hacia el final del curso, la profesora llevó a clases un video de Viktor Frankl dictando una conferencia en el aula magna de mi universidad en los años 80. Yo estaba maravillado al enterarme que Frankl había estado en mi universidad, pero también estaba maravillado por el gesto que tuvo la profesora al llevar este video a las clases y comentar brevemente la anécdota que lo rodeaba. Para mí era como un mentor hablando de otro mentor. Recuerdo que me acerqué a ella posteriormente para indagar más sobre ese asunto y ella me comentó, al notar mi interés por el campo histórico-filosófico, sobre una investigación histórica que se llevaría a cabo en la Escuela de Psicología. A partir de este momento dejé de ver a la profesora Kaira como un docente y comencé a verla como un mentor, pues sabía que no era sólo una profesora sino una persona de la que podía aprender muchísimo, y no me equivoqué. Al cabo de un tiempo, comencé a trabajar con ella mano a mano en la investigación que nos convocaba. Y, posteriormente, la profesora se convirtió en esa escucha que todos nosotros, de vez en cuando, necesitamos.

Creo que el paso de la profesora Kaira por mi vida ha dejado una huella en mí que va más allá de lo académico, toca lo profesional e incluso lo personal. Y aunque no ha sido ella la única profesora que lo ha hecho y que sin duda alguna me gustaría hablar de mi experiencia con otros mentores de la Escuela de Psicología, destaco mi experiencia con ella porque fue la primera de tantas que dio inicio a un cambio en mi discurso respecto a lo histórico-filosófico, a la Psicología y a la Escuela de Psicología.

Profesores como Rubén Carvajal, Auristela Torres, Cristel Parra, Josbelk González, Ana Gabriela Pérez, entre muchos más, también han contribuido muchísimo en el cambio de este discurso porque, al igual que Kaira, siempre se han mostrado dispuestos a llevarme más allá en lo académico, en lo profesional, en lo ético y en lo personal con esa firmeza y convicción, pero a la vez sensibilidad y paciencia para escucharme que caracteriza a cada uno de estos profesores.

Vine hoy aquí a hablarles de lo micro, del vínculo que se puede generar entre un profesor y un estudiante porque me resulta curioso como a lo largo de la historia de la Escuela de Psicología también se puede observar este fenómeno entre las personas que han pasado por esta escuela. Tal vez de lo que estoy hablando hoy acá es de una historia muy reciente, pero esto a su vez forma parte, al parecer, de una larga tradición que nos ha ido tejiendo y caracterizando como escuela.

Cada vez que escucho hablar de figuras como Fernando Rísquez, Raphael Breddy, Julio Velilla, y sobre todo, Luis Azagra, siento que sus legados, desde lo micro hasta lo macro, están presentes entre nosotros, incluso en mí, que ni siquiera tuve la dicha de conocer a estas importantes figuras de mi escuela. La historia me permite acercarme lo más que puedo a eso que tanto admiro y que sin ella nunca podría alcanzar.

Vine hoy aquí a hablarles de lo micro, del vínculo que se puede generar entre las personas y de cómo esto puede ser analizado desde una óptica histórico-filosófica. Tal como dijo Ángeles Pernía hace un momento citando a Savater: “Lo importante es que sepamos como algo se enciende y arde”. Lo importante es que sepamos cómo se enciende un vínculo y como este vínculo arde a través del tiempo, cómo cada uno de estos lazos han hecho hoy lo que somos como escuela, cómo la vocación del padre Azagra por servir a los demás, por ayudar a los demás, por sensibilizarse ante los demás, por preocuparse por los demás está hoy en día implícita –y explícita– en nuestra formación como psicólogos ucabistas, independientemente de la época y de la línea de pensamiento en la que cada uno se encuentre. Ciertamente la escuela no es el padre Azagra, ni tampoco son los profesores, la escuela no son los estudiantes, la Escuela de Psicología somos todos y puedo contemplar esto gracias a retazos de historia que he podido compilar a largo de mi paso por esta escuela, historia que, de no estar siendo escrita no habría tenido los efectos que tuvo en mí.

Hoy siento que sé a dónde pertenezco y por qué. Me siento identificado y comprometido con mi Escuela de Psicología y con su legado. Me siento dispuesto a trabajar en equipo y dispuesto a reconocer a quienes hicieron de toda esta historia algo posible.

Siempre vamos a anhelar saberlo todo, siempre vamos a anhelar entenderlo todo, siempre vamos anhelar vivirlo todo, pero esto, evidentemente, no es algo posible, aunque es el punto donde encuentro la necesidad de escribir historia. Me hubiese encantado estar en esta universidad cuando vino Viktor Frankl, me hubiese encantado recibir clases con el profesor Rísquez, me hubiese encantado conocer al profesor Breddy, me hubiese encantado ser aconsejado por el padre Azagra así como me cuentan algunos mentores de esta escuela que fueron aconsejados por él. Pero, aunque no tenga la posibilidad de vivir todos estos momentos, tengo la posibilidad de reconstruirlos con la historia y estar tan cerca de ese anhelo como puedo, con cada anécdota.

Lo que hoy me llevo como reflexión es que aunque no pueda tener a estos mentores conmigo, puedo hacerlos existir a medida que escribo sobre ellos y sobre su legado, con lo cual doy las gracias a ellos y a la Escuela de Psicología por todo lo que me han brindado hasta el momento.

¿Por qué estudio psicología? No lo sé, solo sé que la psicología es significativa para mí cuando la vivo maravillado.

Consideraciones adicionales: James, Freud Y Frankl como mentores (Anexo posterior a las jornadas).

En primer lugar, como bien sabemos algunos, James es considerado el padre del pragmatismo y uno de los precursores más importantes del sistema conductista en psicología. Pero no es esto lo que vuelve a James uno de mis pensadores modelo, sino la capacidad y la determinación que tuvo para darse cuenta, a pesar de sus frustraciones en cuanto a la ciencia, que había algo que no cabía dentro de la psicología. Algo que la ciencia no estaba considerando hasta el momento. Y es por esto que James se separa de la psicología y hacia el final de su vida se dedica a la filosofía.

En segundo lugar, Freud, padre del psicoanálisis, plantea su teoría basada en el inconsciente y en la cura por la palabra. Pero no es esto únicamente lo que hace de Freud uno de mis pensadores modelo, sino la determinación que tuvo para seguir adelante en busca de la cura para la histeria. Determinación que incluso lo llevó a ir en contra del mismísimo Charcot, a quién, tal vez, Freud consideraba un mentor y quien era uno de los profesionales más renombrados en el tratamiento de la histeria en la Europa de su momento. Esta determinación lo llevó a ir más allá

de lo que la ciencia, en su momento, lo hacía, contrariando e impugnando algunos de sus principios fundamentales aun cuando fuera juzgado como “brujo”. Freud decidió sentarse a hablar con los pacientes que sufrían de histeria, dejando la medicina convencional de lado y dándole paso a la palabra, a la palabra del otro. Todo ello le permitió a Freud introducir al sujeto en el campo de la cultura y sentar los cimientos de su teoría psicoanalítica.

En tercer lugar, quiero destacar que Frankl es para mí uno de estos esenciales modelos no sólo por las ideas que propuso sobre la búsqueda del sentido de vida, sino por la determinación que tuvo al escribir y compilar estas ideas mientras se encontraba prisionero en los campos de concentración que padeció durante la segunda guerra mundial. Al salir en libertad, promovió por todo el mundo y hasta su muerte, las ideas que había compilado durante tantos años; ideas impregnadas de una filosofía existencialista y una psicología humanista que contrastaba con su formación en el campo de la psiquiatría.

He mencionado la palabra “determinación” repetidas veces hablando de estos tres pensadores. Como dice el profesor McNabb “el mecanismo que usa el hombre para encontrar su modelo es la capacidad de admirar” y podría decir que lo que admiro de estos pensadores es precisamente esa determinación. Pero... ¿a qué determinación me refiero?

Considero que los actos de estos pensadores hablan de una determinación por indagar, una determinación que se sostiene a pesar de las adversidades, más allá de lo observable. Allí parece haber un hilo que, aunque desde líneas de pensamiento distintas, los anuda para mí en tanto pensadores.

Mi relación con lo histórico-filosófico

A partir de este momento cambiaron tres cosas. La forma de relacionarme con el campo científico, la forma de relacionarme con el campo histórico-filosófico y la forma de relacionarme con la Escuela de Psicología.

Como había mencionado anteriormente, siempre me había sentido atraído únicamente por el campo científico y acostumbraba a ver el mundo sólo desde una óptica científicista. Aún me gusta mucho la ciencia, de hecho, aun me maravillo constantemente con el conocimiento que genera este campo. Sin embargo, ya no acostumbro a ver el mundo únicamente desde una óptica científicista porque la concepción que tenía de la ciencia cambió, en parte, gracias a la forma de relacionarme con el campo histórico-filosófico.

En primer lugar, gracias a la historia y a la filosofía, descubrí que gran parte del campo científico surge del campo filosófico. De hecho, tal como plantea Alfonso Osorio en su artículo sobre los Fundamentos Filosóficos de la Psicología Actual, la psicología se consideraba antiguamente como parte de la filosofía, siendo que la psicología científica que conocemos actualmente como “psicología” surgió de lo que antiguamente se conocía como psicología filosófica. Gracias a la filosofía y sobre todo a la historia, la concepción que tengo hoy en día de la ciencia, específicamente de la psicología, es mucho más amplia que la que tenía anteriormente. En segundo lugar, la historia y la filosofía, me hicieron entender que hay temas que pertenecen a otros campos del saber distintos al campo científico. Tal como plantea Osorio, “si temas como el alma, la libertad, la existencia de Dios o la moral son cuestiones que escapan a la ciencia, el científico debe reconocerlo humildemente y señalar que ahí están las fronteras de su investigación y de su aportación. Negar que existan estas realidades es incluso una violación del propio principio del Positivismo que se quiere mantener.” Efectivamente, no se puede demostrar empíricamente la existencia de Dios. Pero tampoco su no existencia. Así que desde el Positivismo no puede afirmarse ni negarse. Debe mantenerse una prudente ignorancia.

Hoy en día existen muchos científicos que aseguran no estar dirigidos por ningún deseo en específico. Algunos dicen estar haciendo ciencia únicamente con el fin de generar conocimiento. Pero, a mi parecer, el científico, en especial si se trata del psicólogo, nunca debe olvidar que él es también un ser humano, una persona dirigida por deseos, expectativas, emociones, estereotipos y prejuicios, tal como cualquier otra persona. Tal como ejemplifica Osorio, a menudo se habla de la pretendida neutralidad del psicólogo clínico, o de que la psicología debe ser una ciencia independiente de los valores. Pero esa neutralidad es imposible. Si el psicólogo debe dar consejos a su cliente, necesariamente debe pensar qué es lo mejor para él desde diversos puntos de vista. En palabras de Richard Gross, “la neutralidad de los terapeutas es un mito”.

A muchos de ustedes, o a los que lleven al menos dos semestres estudiando acá, esto les parecerá muy evidente pero antes de comenzar a estudiar psicología, al menos yo no era capaz de contemplar las limitaciones de la ciencia y, actualmente considero necesario, para el científico, estar consciente de ellas.